

desigualdad que existe tambien en sus gestos desarreglados que no concuerdan exactamente con el sentido de las palabras, desacuerdo de que el artista hábil puede sacar multitud de efectos cómicos.

Blazius era de parecer que Sigognac adoptase la media máscara, es decir, ocultando la frente y la nariz, para conservar la tradicion de la figura y mezclar en su semblante lo fantástico con lo real, ventaja grande en esos papeles mitad falsos, mitad veras, caricaturas generales de la humanidad de las que esta no se incomoda como de un retrato. En manos de un cómico vulgar un papel semejante puede no ser más que una insípida chocarrería propia para divertir la gente ruin y hacer encoger de hombros á los hombres de carácter, pero un actor de mérito puede introducir en él rasgos caprichosos que representen mejor la vida que si fuesen concertados.

La idea de la media máscara no desagradó á Sigognac. La carátula le aseguraba el incógnito y le infundia valor para afrontar el público. Aquel delgado carton le hacia el efecto de un yelmo con la visera caída á través de la cual hablaria con voz de aparecido; pues el rostro es la propia persona, el cuerpo carece de nombre, y este no puede conocerse llevando oculto el semblante: aquella medida conciliaba el respeto por sus antepasados y las necesidades de su posicion. Ya no se exponia delante de las candilejas de un modo material y directo. De aquella manera no era más que el alma que daba vida á un gran polichinela, *nervis alienis mobile lignum*; solamente que en vez de tirar exteriormente de los hilos vivia él en el interior de aquel polichinela. Nada pues sufría su dignidad en aquel juego.

Blazius, quien tenía en gran estima á Sigognac, modeló con sus propias manos la máscara de manera á componerle una fisonomía de teatro completamente distinta de la suya verdadera. Una nariz arremangada, cubierta de verrugas y vermeja del extremo como una guinda, las cejas angulosas con el pelo echado hácia arriba, un bigote de afiladas puntas

que se retorcian como los cuernos de la luna, desfiguraban completamente las facciones regulares del jóven baron, y aunque este aparato, dispuesto como una testera, no cubria mas que la frente y la protuberancia nasal, el resto de la fisonomía estaba cambiado.

Trasladáronse nuestros cómicos al ensayo, que debia de tener lugar con los trajes para que pudiese juzgarse del efecto general.

Para no atravesar la ciudad como comparsas de carnestolendas, aquellos habian hecho llevar sus trajes al juego de pelota, en la sala del cual, que ya hemos descrito, se ataviaban las actrices.

Las gentes de calidad, los pisaverdes y los literatos de la localidad habian hecho diabluras para penetrar en aquel templo ó mejor dicho sacristía de Talía donde las sacerdotisas de la Musa se revestian con sus ornamentos para celebrar los misterios. Unos las presentaban el espejo, otros acercaban las bujías para que pudiesen verse mejor; este daba su opinion sobre el sitio más á propósito para colocar un lazo de cintas, aquel tendia la caja de polvos; otro, más tímido, permanecia sentado en un cofre, moviendo las piernas sin decir palabra y atusándose el bigote.

Cada comediante tenia su círculo de cortesanos cuyos ojos golosos buscaban fortuna en las alevosías y contingencias del tocador. Ora un peinador se deslizaba y descubria una espalda brillante como el mármol; ora una garganta cuya morbidez dejaba adivinar bellezas que se escondian entre encajes, ó bien un brazo que, al levantarse para componer algo del peinado, se exhibia hasta el hombro.

Dejaremos al lector la tarea de imaginar qué de madrigales, cumplidos y mitológicas alabanzas arrancó á aquellos provincianos la vista de tales tesoros. Zerbina reia como una loca al oír tanta insulsez; Serafina, más vanidosa que aguda, se deleitaba; Isabel no les escuchaba, y á los ojos de todos aquellos hombres se componia con modestia el tocado, re-

husando con tono cortés, pero frío, las ofertas de servicio de aquellos señores.

Vallombreuse, seguido de su amigo Vidaline, tuvo buen cuidado de no desperdiciar aquella ocasion de ver á Isabel, á la que encontró todavía más bella de cerca que de léjos, lo que dió nuevas creces á su pasion. El jóven duque se habia adonisado para aquella circunstancia, y de hecho estaba admirable. Llevaba un magnífico traje de raso blanco, abollonado y realzado con adornos y lazos cereza prendidos con herretes de diamantes. De las mangas de su jubon se desbordaban oleadas de fina batista y ricas blondas; soberbia banda de brocado de plata sostenia la espada, y de su mano, apriada en un guante perfumado con esencia de frangipana, pendia blanco fieltro cuya encarnada pluma se balanceaba al compás de sus movimientos.

Sus largos y negros cabellos, rizados en pequeños bucles, caian á lo largo de sus mejillas de un oval perfecto y hacian resaltar la palidez mate de su cútis. Debajo de su fino bigote sus labios brillaban rojos como granadas, y sus ojos fulguraban entre dos espesas franjas de pestañas. Su cuello, blanco y contorneado cual mármorea columna, sustentaba orgullosamente su cabeza y se abria paso entre un valioso cuello de punto de Venecia.

Sin embargo en toda aquella perfeccion habia algo de desagradable. Aquellas facciones tan correctas, tan puras, tan nobles, llevaban estereotipada una expresion antihumana, si se nos permite la frase. Evidentemente los dolores y los goces de los hombres tenian poco ó ningun valor para el dueño de aquel cruelmente hermoso semblante. Debia creerse y en efecto se creía de una especie particular.

Vallombreuse se habia colocado silenciosamente al lado del tocador de Isabel, con el brazo apoyado en el marco del espejo de manera que los ojos de la comedianta, obligada á consultar el cristal á cada minuto, debiesen á menudo encontrarse con él. La maniobra era astuta y de buena táctica,

y hubiera sin duda logrado completo éxito tratándose de toda otra que no nuestra ingénua. El duque queria antes de hablar, impresionar por su belleza, su continente altivo y su magnificencia.

Isabel, que habia reconocido al jóven audaz de la callejuela y á quien incomodaba aquella mirada de un ardor imperioso, guardaba la más severa reserva y no sólo no desviaba su vista del espejo, sí que tambien aparentaba no haber siquiera reparado que tenia delante de ella uno de los más apuestos señores de Francia; pero Isabel era una jóven singular.

Cansado de aquella actitud, Vallombreuse se decidió bruscamente y dijo á la comedianta:

—¿No sois vos, señorita, quien representais el papel de Silvia en la comedia Ligdamon y Lidias del señor Scudery?

—Sí, señor,—respondió Isabel que no podia sustraerse á una pregunta tan natural.

—Jamás papel alguno habrá sido confiado á mejor intérprete,—prosiguió Vallombreuse.—Si es malo, vos le hareis bueno; si es bueno, le hareis excelente. Dichosos los poetas que confian sus versos á esos bellos labios.

Estos vagos cumplidos no traspasaban los límites de las galanterías que la gente educada dirige por lo comun á las comediantas, é Isabel debió de aceptarlos, agradeciéndolos al duque con una débil inclinacion de cabeza.

Sigognac, que con ayuda de Blazius se habia acabado de vestir en su cuarto, entró en la sala de las actrices para aguardar que se diese principio á la representacion. Llevaba la máscara y se habia ya ceñido el cinturon de la descomunal tizona de pesada cazoleta, terminada en una telaraña, herencia del pobre Matamoros. Su capa, cuyo extremo levantaba la punta de la espada, deshilachada de la orilla, flotaba bizarramente sobre sus hombros.

Para acomodarse al espíritu de su papel, el baron andaba con la cadera echada hácia adelante y abierto como compás,

con ademán ultrajante y provocador como correspondía á un Capitan Estruendo.

—Estais verdaderamente en carácter,—le dijo Isabel á quien se habia acercado á saludar Sigognac,—y jamás capitán alguno ha tenido aspecto más soberbiamente arrogante.

El duque de Vallombreuse miró de alto abajo con la más desdeñosa altivez al recién llegado á quien la jóven comediante hablaba con tono tan dulce.

—Hé aquí, al parecer, el bellaco de quien la pretenden amante,—dijo para sus adentros el jóven duque, lleno de despecho, pues no podia concebir que una mujer pudiese titubear un instante entre el jóven y espléndido duque de Vallombreuse y aquel ridículo histrion.

Sin embargo el duque aparentó no reparar en Sigognac, de cuya presencia hacia tanto caso como de un mueble. Para él no era un hombre, sinó una cosa, y obraba delante del baron con la misma libertad que si hubiese estado solo, abarcando á Isabel con sus miradas inflamadas que se detenian en el nacimiento de una garganta que quedaba en descubierta por el escote del camisolin.

Isabel, confusa, sentia encendérsele el rostro, á pesar suyo, bajo el influjo de aquella mirada insolentemente fija, cálida como un chorro de plomo derretido, y se apresuraba á terminar su tocado para sustraerse á ella, tanto más cuanto veia la mano de Sigognac, furioso, crispase convulsivamente sobre el pomo de su tizona.

Isabel se colocó un lunar cerca del labio é hizo ademán de levantarse para dirigirse á la escena, pues el Tirano, con su voz de toro, habia ya gritado muchas véces: «Señoritas, ¿estais dispuestas?»

—Permitid, señorita,—dijo el duque;—os olvidais de poner un asesino.

Vallombreuse, hundiendo un dedo en la caja de los lunares colocada encima del tocador, retiró una estrellita de tafetan negro.

—Sufrid,—prosiguió,—que os la coloque; aquí, cerca del seno, dará realce á la blancura y parecerá como una peca de belleza natural.

La palabra fué tan rápidamente seguida de la accion, que Isabel, despavorida ante aquella osadía, apenas tuvo tiempo de echarse hácia atrás para evitar el insolente contacto; pero el duque no era de aquellos que se intimidasen fácilmente, y su dedo con el lunar iba á tocar la garganta de la jóven actriz cuando una mano de hierro cayó sobre su brazo y se lo sujetó como con un tornillo.

El duque de Vallombreuse, trasportado de rabia, volvió la cabeza y vió al Capitan Estruendo en actitud que ningun contacto tenia con el cobarde personage de comedia.

—Señor duque,—dijo Estruendo sin soltar la muñeca de Vallombreuse,—la señorita se coloca ella misma los lunares, y no tiene por tanto necesidad de los servicios de nadie.

Esto dicho, soltó el brazo del jóven señor, cuyo primer movimiento fué llevar la mano al pomo de su espada.

En aquel momento Vallombreuse, á pesar de su belleza, tenia la cabeza más horrible y formidable que la de Medusa. Palidez espantosa cubria su semblante, sus negras cejas se fruncian sobre sus ojos inyectados en sangre. La púrpura de sus labios tomaba un color violeta y blanqueaba de espuma; las ventanas de su nariz palpitaban como aspirando sangre. Precipitóse sobre Sigognac, quien no se movió una línea, aguardando el ataque; pero, de pronto, se detuvo. Una reflexion repentina apagó, como un chorro de agua helada, su ardiente frenesí. Sus facciones volvieron á su asiento, recobró los colores naturales, y habiendo completamente vuelto á tomar posesion de sí mismo, dejó ver en su semblante el más glacial desden, el desprecio más supremo que una criatura humana pueda manifestar á otra. El duque acababa de pensar que su adversario no era noble y que se habia visto á pique de habérselas con un cómico, y todo su orgullo nobiliario se sublevó á esta idea. El insulto partido de tan bajo no

podía alcanzarle; ¿se bate uno con el barro que le salpica? Sin embargo Vallombreuse era de aquellos que no dejaban impune una ofensa viniese de donde viniese, y, acercándose á Sigognac, le dijo:

—¡Tunante, te haré romper los huesos por mis lacayos!

—Id con cuidado, monseñor,—respondió Sigognac con el tono más tranquilo y el aire más natural del mundo,—id con cuidado, tengo los huesos duros y los bastones se romperán sobre ellos como vidrio. Yo no recibo palizas mas que en las comedias.

—Por insolente que seas, truhan, no te haré el honor de batirme contigo. Es una ambicion que sobrepuja tus méritos,—dijo Vallombreuse.

—Es lo que falta ver, señor duque,—replicó Sigognac.—Podrá suceder muy bien que yo, sin hacer gala de tanto orgullo, os bata con mis propias manos.

—No respondo á un máscara,—repuso el duque tomando el brazo de Vidaline que se habia acercado.

—Ya os enseñaré mi rostro, duque, en sitio y tiempo oportunos,—repuso Sigognac,—y creo que os será todavía más desagradable que mi nariz postiza. Pero acabemos. Oigo sonar la campanilla, y corro riesgo, si tardo más, de faltar á mi entrada en escena.

Los cómicos admiraron el valor del baron, pero como conocian la calidad de este, no se extrañaban como los demás espectadores de aquella escena, inmutados de tal audacia.

La emocion de Isabel habia sido tan viva, que el colorete le habia caido, y Zerbina, al ver la palidez mortal que la cubria, se habia visto obligada á ponerle un poco de carmin en las mejillas. La jóven apenas podia sostenerse sobre sus piernas, y si la doncella no le hubiese sostenido el codo,

hubiera dado con su cuerpo en las tablas al entrar en escena. Ser causa de una pendencia era profundamente desagradable á la dulce, buena y modesta Isabel, que nada temia tanto como el ruido y el escándalo que se promueven al rededor de una mujer, en los que siempre sufre la buena reputacion; por otra parte, aunque estaba resuelta á no confesárselo, amaba tiernamente á Sigognac, y la idea de un asesinato ó cuando ménos de un duelo, á que el baron estaba expuesto, la turbaba hasta indecible extremo.

A pesar de aquel incidente, el ensayo siguió adelante, pues las emociones de la vida real no pueden distraer á los cómicos de sus pasiones ficticias.

La misma Isabel, aunque con la zozobra en el corazón, trabajó muy bien.

En cuanto á Estruendo, excitado por la pendencia, estuvo á gran altura.

Zerbina se excedió á sí misma. Cada una de sus palabras levantaba una tempestad de carcajadas y de aplausos.

De un lado de la orquesta partia primero que todos un palmoteo que era el último en cesar y cuya entusiasta persistencia acabó por llamar la atencion de Zerbina.

Esta, fingiendo un juego de escena adelantó hácia las candilejas, alargó el cuello con un movimiento de pájaro curioso que pasa su cabeza entre dos hojas, paseó la mirada por la platea y vió al marqués de Bruyeres encendido de satisfaccion y cuyos ojos chispeantes de deseo brillaban como carbunclos. Habia vuelto á encontrar la Liseta, la Marta, la Esmeraldina de sus sueños. Estaba en sus glorias.

—Ha llegado el señor marqués,—dijo en voz baja Zerbina á Blazius, que hacia el papel de Pandolfo, en el intervalo de una pregunta á una réplica, con esa voz á boca cerrada que los actores saben emplear cuando hablan entre sí en la escena y no quieren ser oidos del público; ¡mira como rie, como radia de gozo y de pasion! No cabe en sí de alegría, y si no fuese por la vergüenza, saltaria por encima de las candilejas